

***Victoria Ocampo elige sombreros en París.* Eduardo Rosenzvaig. 2009. Buenos Aires: Leviatán.**

A juzgar por la profusión de ficciones y de obras testimoniales aparecidas en el último tiempo cuyas temáticas versan sobre los enconados años sesentas y setentas, puede afirmarse que la literatura ha participado activamente de esta tarea de restauración de la memoria social de la etapa posterior a la de la hegemonía peronista. Puede postularse también que esta labor aún no está saldada. Si acordamos con Jorge Panesi (2003) en que uno de los pilares de la configuración del intelectual (y del escritor) radica en su capacidad para poner en entredicho los acuerdos tácitos y hegemónicos, la emergencia y proliferación a comienzos del nuevo milenio de novelas y otros textos narrativos que tematizan el terrorismo de Estado o la violencia revolucionaria, pueden pensarse como intervenciones que lejos de ofrecer respuestas presuntamente simplificadoras o taxativas, intentan expresar la compleja trama de la historia argentina. Creemos que éste es el gesto que Rosenzvaig realiza en *Victoria Ocampo elige sombreros en París*.

La novela de Rosenzvaig aborda valientemente una de las problemáticas que acuciaron –y acucian aún hoy– a las dirigencias partidaria y sindicalista y a la intelectualidad argentinas: la cuestión del peronismo. Y decimos valientemente porque, trayendo a colación las palabras de Osvaldo Bayer (2009), a la sazón prologuista de este libro, Rosenzvaig “se mete con lo que nadie se atreve”: “(...) pese a toda la ironía y el lenguaje estricto aunque finalmente superficial de los actores, se siente la enorme tristeza del autor”. “Tal vez su principal pregunta es: ¿por qué huye el presidente (Perón) si ya no era posible un triunfo militar después de la derrota del golpe de junio del '55?”. Pregunta que resulta sin duda incómoda, pero, al mismo tiempo, ineludible.

La narración de *Victoria...*, que discurre acerca de los últimos días de Perón en la Casa Rosada antes del Golpe de Estado de 1955 llevado a cabo por el Ejército, se abre con una escena parisina: “Victoria Ocampo está en París, en la 9 Avenue Matignon, en una sala grande de parquet encerado día a día desde hace un siglo. Hay loros y sombreros. Loros reales y sombreros fantásticos”. Una infidencia de Lucienne Rabaté, la propietaria de una pres-

tigiosa casa de fabricación de sombreros, “los más elegantes de París”, despierta en Ocampo la idea de escribir una novela sobre el General y las intimidades de la residencia de Olivos, justamente en el momento en que aquél está a punto de abandonar el poder. Con cierta socarronería, la escritora imagina el comienzo de su historia mientras observa, deslumbrada, el *tailleur* y el sombrero que viste una modelo parisina: “Victoria no sabe con cuál sombrero quedarse porque está pensando justamente en la columna vertebral de la novela, su novela. El General se llama Pocho, le dicen ‘Pocho’ y regala motonetas a sus chicas de la Unión de Estudiantes Secundarios con sede en la Quinta presidencial de Olivos que ríen, juegan, escuchan música, toman chocolate Godet y se bañan. Por eso el público, que siempre es maldiciente, las llama pochonetas”.

La historia entera está narrada desde la perspectiva de la escritora argentina, cuya figura reenvía, como es sabido, a un sector de la sociedad argentina emblemático en la década de 1940 por los integrantes de la revista *Sur*: el de la intelectualidad liberal y fervientemente antiperonista. Rosenzvaig realiza un guiño al lector cuando al comienzo de la novela cita una reflexión de Ocampo acerca del papel del narrador en las ficciones construidas como memorias de un personaje histórico: “He leído, en estos días, las Memorias de Adriano de Marguerite Yourcenar (...) La vi tres veces y hablé mano a mano con ella. (...) Su libro en todo caso es notable, si bien esas biografías en que uno utiliza un personaje histórico para desahogarse no me parecen nunca fundamentalmente honestas. (...) Marguerite Yourcenar finge que esas memorias son las que escribió Adriano... que ella se esfuerza por recrearlo detalle por detalle. Pero ¿me lo pregunto! Creo que son las memorias de Marguerite-Adriano. Ya es mucho. Ella cree que se ha borrado frente al personaje. No lo creo”.

Como lo acontecido con la biografía novelada de Marguerite Yourcenar, la perspectiva de la narradora Ocampo atraviesa el relato y es desde esta posición que se construye el personaje de Perón. Lejos del apoliticismo propiciado por los intelectuales de *Sur* cuando sostenían que “El juego político no tiene nada que ver, en cierto sentido, con la actividad invisible y constante de las élites que se realiza en un plano moral (...) casi metafísico”, la narradora Ocampo construida por Rosenzvaig despliega una mirada que

es ineludiblemente política. Elige como nudo dramático de su novela “las últimas horas del General, el aglomerado pegajoso de los últimos minutos de la residencia presidencial”, justo cuando el peronismo va dejando de ser una amenaza a los valores que ese sector de la intelectualidad sostiene y a los que plantea como universales. En la ficción, los sombreros parisinos que deslumbran a Ocampo simbolizan la perennidad de los valores que la escritora defiende. “El sombrero nunca pasará de moda”, sostiene. “La perennidad”, afirma en un momento, “de eso se trata el poder”. En otro pasaje sostiene: “Madame Rabaté no morirá nunca. El General sí; ya no es”.

Del otro lado se erigen las “pochonetas”, quienes, a diferencia de Ocampo, parecen despreciar los sombreros: “Los sombreros que a ellas les llegaron de París, los arrumbaron ellas en algunas de las habitaciones de la residencia presidencial. Pero la del tenis, como más inocente a pesar de la edad, usa la caja redonda del sombrero para guardar una muñeca”. El “Tirano” tampoco usa sombrero: “La cabezota de indio no era para sombrero sino para unas plumas”. La sorna que Ocampo dirige a Perón y a sus pochonetas involucra desprecio por una parte, por otra, sin embargo, expresa cierta fascinación: “Yo le dije la última vez que es un macho hermoso este General, putianiero e ignorante y talentoso. ¡No sabe tantas cosas! ¡General tan blanquito en unas ideas e indio en otras! A veces directamente es un imbécil. Pero un seductor sin finalidad”. La figura del macho que se identifica con el personaje de Perón en éste y en otros pasajes del libro es, sin embargo, puesta en tela de juicio cuando la narración refiere el comportamiento del líder justicialista frente al inminente golpe de Estado. Curiosamente, en esos fragmentos, la voz de la narradora Ocampo parece desvanecerse y son las de las “pochonetas”, amantes de Perón, las que toman protagonismo. Ellas desnudan las verdades frente a las que Ocampo no se atreve. La renuncia de Perón ante la Junta de Comandantes constituye una traición al pueblo, que “puede suicidarse regalando sus conquistas sociales”: “¡Mentiroso! ¡Sos un mentiroso papi! (...) El bombardeo encontrará a tus preciosos pochistas desarmados. Vos cedés ante la buena vidurria que te espera afuera. Arreglaste después de junio para que Stroessner te nombre General del Paraguay, ciudadano ilustre paraguayo o sea arreglaste el sal-

voconducto, no querés morir, no querés pelear, no querés, me querés, sos rico y si algo sé es que no me vas a llevar”.

Más allá de lo polémica que pueda resultar la interpretación que la novela ofrece del acto de la renuncia de Perón, interesa subrayar la maestría con la que Rosenzvaig trabaja la compleja trama de la historia argentina y de las subjetividades que se desenvuelven en ese escenario. De modo semejante a Perón, Ocampo se erige en la novela como un personaje contradictorio. No es de extrañar entonces que la narración cierre con la imagen de la escritora paseando por la vereda de una calle parisina mientras piensa en el “tirano” por entonces ya exiliado en Asunción: “(...) no necesitaba ella misma unos años de menos para tumbarlo en una alfombra persa y enseñarle con la boca algo que solamente se aprende leyendo en tantos idiomas distintos, los secretos inconfesables del estilo. Lo hubiera hecho con él sin duda, buen mozo cuando trepaba en su caballo blanco de pintas negras. Porque finalmente toda la infancia de ella fue marcada en esa fascinación por uniformes de generales montados al caballo blanco de pintas negras”.

Mariana Bonano

CONICET - Universidad Nacional de Tucumán

Cantar junto al endurecido silencio. Escritos sobre Francisco Urondo. Analía Gerbaudo y Adriana Falchini (editoras). 2009. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.

A mediados del año 2005 se organizaron en Santa Fe diferentes homenajes a Francisco Urondo. Estos generaron una serie de polémicas vinculadas al escritor donde se habló sobre el olvido del santafecino por parte de esta sociedad. En dicho marco surgieron debates ligados a la relación existente entre literatura y política que llevaron a pensar la inclusión o exclusión del poeta en el canon literario, ligada a su vínculo con la lucha armada. *Cantar junto al endurecido silencio. Escritos sobre Francisco Urondo* nace a partir